GRAN MADRID

granmadrid@elmundo.es

ENTRE GATAS Y GATOS

El escultor David Rodríguez Caballero, junto a una de sus obras en su estudio de Madrid. ARS/IMAGEN M.A.S.

DAVID RODRÍGUEZ CABALLERO Los organizadores del torneo le han encargado crear una pieza cada año para conformar una colección de arte

El escultor detrás de los trofeos del Mutua Madrid Open

VIRGINIA GÓMEZ MADRID

En la calle de Ortega y Gasset con Velázquez, una figura de metal de grandes dimensiones firmada por David Rodríguez Caballero (Pamplona, 1970) sale al paso de los viandantes que se dejan caer estos días por este pedazo de la Milla de Oro madrileña, donde se ha instalado una exposición urbana que reúne la obra de más de 20 artistas iberoamericanos al abrigo de Madrid Luxury Art. Mientras eso sucede, el creador de esa pieza, en su taller a las afueras de la capital, ultima los bocetos de la talla que levantará a primeros de mayo la mejor raqueta del Mutua Madrid Open, porque este artista, cotizado desde hace años no sólo aquí sino también al otro lado del charco, es el elegido por la organización del torneo para crear una colección de arte en forma de trofeos que vaya creciendo con cada edición.

El pasado año, Carlos Alcaraz alzó en la tierra batida su primera obra tenística, *Arete*, que supuso todo «un reto» para este artista, según cuenta. «Nunca había visto un partido de tenis. Y no quería diseñar un trofeo sin más sino crear una escultura que funcionase como trofeo», señala en conversación con GRAN MADRID el escultor, quien, tras realizar una inmersión en el deporte se inspiró en el afán de superación de Rafa Nadal para llevar a cabo esa labor. «Llegó al Open de Australia con muletas pero, con su fuerza de voluntad, salió a la pista y ganó. Eso define cómo funciona el deporte, que se parece mucho al trabajo del artista, en la constante superación y también en el entrenamiento, la soledad, la insistencia...», agrega.

Considerado uno de los principales representantes de la escultura contemporánea española, su obra destaca de forma mayúscula en EEUU, el lugar donde comenzó a experimentar con los metales para hablar de conceptos de la pintura, la disciplina artística con la que arrancó su carrera.

Llegar a «construirse como escultor», comenta, fue «un proceso muy natural»: «Al principio empleaba el metal con un carácter pictórico, luego comencé a hacer esculturas de pared y de ahí llegué a las exentas de grandes dimensiones». Hoy, en Nueva York y en Madrid –donde tiene estudios propios– expone lo que crea en la galería Marlborough –una de las más prestigiosas del mundo– de forma continuada.

Amante de la cultura japonesa, su obra remite a la papiroflexia. En su proceso de creación, dice, primero construye maquetas de papel con ideas que después traslada al metal. A través del pliegue, uno de los elementos más importantes de su trabajo junto a la curva y la luz, da forma a sus impresionantes obras, detalla.

De España a Reino Unido, Francia, Mónaco, Italia, Polonia, EEUU, México, Cuba, Turquía, Corea del Sur o China, sus esculturas han pisado medio mundo. De manera permanente, al aire libre, sus trabajos están instalados en Nueva York, Los Hamptons, París o, cómo no, Madrid. Y dentro de poco llegarán a un hospital infantil de Washington, donde sus creaciones se emplearán para hacer terapia psiquiátrica con niños, e incluso a Arabia Saudí.

Pese a pasar largas temporadas en Nueva York, Madrid es su casa. «Es mi punto de referencia. Es una ciudad que está en un momento fantástico, tiene una energía como nunca y eso se transmite al arte, al estado de ánimo de los artistas. Todo el mundo habla de Madrid porque está en un momento envidiable», señala Rodríguez Caballero sobre el lugar que le acogió tras abandonar su Pamplona natal.

Mientras llega el momento de descubrir su última obra sobre la tierra batida de la capital, las calles del barrio de Salamanca nos dan la oportunidad de acercarnos a su arte, a través de esa maraña –una escultura formada por varios elementos que relacionan entre sí– de cinco metros y medio que entra en juego con el trabajo contemporáneo de una veintena de artistas como Fernando Botero, Jaume Plensa, Manolo Valdés o Baltasar Lobo.

ADN. ESTUDIÓ BELLAS ARTES EN BILBAO ● EN 2018 CREÓ LAS MEDALLAS DE LA COPA DEL MUNDO DE BALONCESTO FEMENINO ● TIENE ESTUDIO PROPIO EN NUEVA YORK Y EN MADRID

EL CUBIL

ZABALA DE LA SERNA

Hasta que Curro pedía el barbero

El alba se ajusta a su horario de primavera, adelantando las primeras claras del día. A las 7.32 el sol asomaba por encima de Moratalaz, detrás del Cerro del Tío Pío. Atrás quedaba la Gran Vía con su penumbra azul cobalto, entre sombras que escapan de la luz que avanza. Atocha espera siempre como punto de partida, «con más prisa que el tiempo que me huye».

No hacía ni 12 horas que **Andrés Calamaro** y **Edu Galán** habían puesto en pie *Ni chivatos ni membrillos*, un *podcast* de Sonora a contracorriente, muy loco, muy libre y muy sabio. El incombustible Bar Cock, a la espalda de Chicote, amplificaba con su eco de barrica y noches golfas el discurso contracultural de Calamaro, que toreaba por **Morante**: «Adoramos el arte supremo, el arte prohibido, el arte perseguido, la fiesta más culta y bonita del mundo. Asistimos a un presente delirante, a la gran venta de sapos para comer y pescado podrido. La posverdad y la mentira que caminan. Argentina empobrecida y España, en el infierno de **Dante** y **Montero**...».

Almeida condecoró a AC en 2022 con la Medalla de Madrid, que coronaba el camino de la evolución *churchilliana*, un recorrido «de **Tierno Galván** a **Isabel Díaz Ayuso**». Pertenece el rockero a la minoría de madrileños abstemios que pisa los terrenos de los bares para desayunar y leer el periódico, no sé si con mate o café. Vive un idilio último con **Alfonso Ussía** padre, pero bien podría ser con el hijo homónimo que sabe más del foro que todos nosotros juntos. *Vatio* fue la novela que lo consagró con la sangre del escritor, el pulso del talento. Ahora se viene *El puente de los suicidas* con el escenario de Madrid otra vez, el viaducto trágico de Bailén, blindado con cristales disuasorios para quienes desisten de la pistola pero no escapan de la bala de la desesperación. Por el precipicio de la calle Segovia caían los sueños rotos.

Allí, en el filo del abismo, late el crujido de maderas, los sonidos de cobre, del Corral de la Morería reinventado sobre el salón de la fama de su historia. **Blanca del Rey,** entre sus hijos, sigue siendo la reina de las Vistillas, el corazón del flamenco, el viento de su leyenda, la Soleá del Mantón. Blanca, Blanquita la Platera, que con seis años taconeaba quejíos, la niña de Córdoba que fue más grande que **Guerrita**, es la memoria viva del Madrid que agitaba Hollywood, cuando las noches se trenzaban sin solución de continuidad. Y todo aquel firmamento de cantaores, estrellas, galanes, putas y toreros se devoraba en las madrugadas. Hasta que **Curro** pedía el barbero.